



# MAYA ERIKSON

y la máscara  
del samurái

DESTINO

ISABEL ÁLVAREZ

# MAYA ERIKSON

y la máscara del samurái



ISABEL ÁLVAREZ

Ilustraciones de Marina Bruno

DESTINO

Destino Infantil y Juvenil, 2022  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrojuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Isabel Álvarez, 2022  
© de las ilustraciones: Marina Bruno, 2022  
© Editorial Planeta S. A., 2022  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: septiembre de 2022  
ISBN: 978-84-08-26010-3  
Depósito legal: B. 12.647-2022  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Cinco años antes...*

—¿Qué haces aquí, abuelo? —preguntó Maya.

—Intento arreglar este trasto viejo antes de que tu abuela me obligue a tirarlo.

—¿Para qué sirve?

—Es un telégrafo, se utiliza para enviar mensajes en morse.

—¿Y no es más sencillo utilizar el teléfono?

Klaus dejó lo que estaba haciendo y se giró hacia ella.

—Desde luego, pero, a veces, cuando quieres proteger algo importante, volver a lo sencillo puede ser lo más seguro. ¿Cuántos amigos tienes que sepan morse?

—Ninguno.

—¡Exacto! Acércate, te enseñaré algo.

La niña se sentó a su lado.

—Julio César fue uno de los emperadores más poderosos del Imperio romano. ¿Y sabes qué sistema utilizaba para cifrar sus mensajes?

Ella negó con la cabeza.



—Reemplazaba cada letra de cada palabra por la que se encuentra cuatro posiciones más adelante en el abecedario. Es decir, la a por la e, la be por la efe, y así sucesivamente. Sencillo, ¿verdad?

—Sí, pero ¿funcionaba?

—¡Claro que sí! No es necesario hacer las cosas complejas, basta con hacerlas con inteligencia —le explicó—. Mira, haremos una prueba.



El abuelo sacó un bolígrafo de su chaqueta, escribió algo en un papel y se lo entregó a Maya.

—¿Pece? —leyó ella, y lo miró confusa.

—Trata de descifrarlo.

—La pe..., es la eme. La e..., es la a —empezó a decir, contando las letras del abecedario hacia atrás—. La ce..., es la i griega. Y la e otra vez... ¡Maya! —exclamó.

—¡Eso es! A partir de ahora, este será nuestro código secreto. Así nadie sabrá de lo que estamos hablando, ¿entendido, Pece?

La niña asintió sonriente, aquel juego parecía divertido. El abuelo la abrazó.

—No lo olvides —le susurró al oído.

En ese momento, alguien abrió la puerta.

—¡Por fin os encuentro! ¿Qué hacéis aquí metidos? —preguntó Sebastián.

—Pece y yo estábamos hablando de nuestras cosas, a veces necesitamos algo de intimidad —respondió Klaus.

—¿Pece?

Maya y su abuelo se miraron y sonrieron, sin contestar.

—Están todos abajo esperándoos con la tarta, ¡no podemos empezar sin la cumpleañera!

—¡Tarta! —exclamó Maya, y echó a correr escaleras abajo.

—Siete años ya, ¿cuándo se ha hecho tan mayor? —preguntó Sebastián.



# 1

## La misión espacial

—Ya estoy en casa de Aiko, mamá. Su madre y ella han venido a recogerme al aeropuerto.

—¿Qué tal ha ido el vuelo? —preguntó Rebeca desde el otro lado del teléfono.

—Largo, como siempre.

—Me imagino. Nosotros acabamos de aterrizar en Perú y mañana empezamos la excavación. Qué lástima no poder estar para el evento.

—No te preocupes, Aiko lo grabará todo.

—Disfrútalo, eres la mejor representante que podíamos enviar.

—Lo haré.

—Nos vemos en unos días.

—Adiós.

Maya colgó, deslizó el panel que cerraba la habitación en la que estaba y se reunió con Aiko y su madre. Vivían en una enorme casa tradicional japonesa en medio del

bosque, a algo más de una hora de Tokio. Por dentro, los colores eran cálidos y homogéneos, casi todo era de madera, con inmensos ventanales en las paredes y grandes espacios abiertos. Se respiraba paz y tranquilidad.

—¿Te apetece comer algo, Maya? —le preguntó la madre de Aiko.

—No, gracias, Hoshiko. Me han dado comida en el avión.

—Bien, pues estás en tu casa. Yo tengo que irme a trabajar, pero os veré dentro de unas horas —dijo, le dio un beso a su hija y se alejó.

Estaba a punto de cerrar la puerta cuando se paró, se dio la vuelta y la abrió de nuevo.

—Estaba pensando..., ¿os apetece venir conmigo? Hoy tengo algo de tiempo y puedo enseñaros las instalaciones, será divertido.

—¿De veras? —preguntó Aiko sorprendida.

Su madre trabajaba en la JAXA, la Agencia Japonesa de Exploración Aeroespacial, una especie de NASA. A menudo dirigía misiones importantes, como lanzamientos de cohetes o exploraciones planetarias, normalmente confidenciales, y, a pesar de su insistencia, muy pocas veces dejaba a su hija visitarla en la oficina.

—Claro. Todos se alegrarán de veros y de conocer a una de las descubridoras de la daga de Keops.

Maya sonrió tímidamente y apartó la mirada, ruborizada. La daga había sido enviada a Japón para ser estu-

diada por el instituto de tecnología de Chiba, el mismo que había analizado la de Tutankamón y descubierto que estaba hecha de meteorito. Pero antes de eso, se haría una presentación pública de esta y otras reliquias, con un gran evento al que acudiría gente de todo el mundo, y ella había sido invitada como representante de los descubridores.

—Por supuesto que sí. ¡Vamos! —exclamó Aiko emocionada, y corrió hacia la puerta.

Justo antes de salir, se dio la vuelta.

—¿Te apetece, Maya? Es un sitio increíble, pero si estás cansada del viaje...

—¡Claro que me apetece! —contestó ella, y siguió a su amiga.

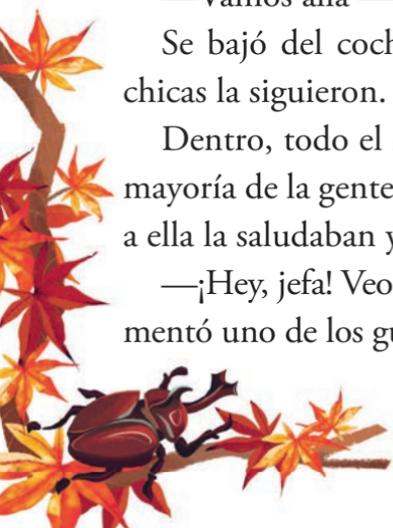
Tras un corto trayecto en coche, llegaron a su destino. Mientras Hoshiko aparcaba, Maya miró por la ventana y vio un alto edificio blanco que no llamaría la atención de nadie si no fuera por el enorme cohete con las letras JAXA en un lateral que adornaba el exterior.

—Vamos allá —dijo al terminar.

Se bajó del coche y se dirigió hacia la entrada. Las chicas la siguieron.

Dentro, todo el mundo parecía conocerla; aunque la mayoría de la gente mostraba su acreditación para pasar, a ella la saludaban y abrían las puertas sin preguntar.

—¡Hey, jefa! Veo que hoy traes buena compañía —comentó uno de los guardias de seguridad desde lejos.



Ella sonrió, lo saludó con la mano y siguió su camino. Entraron en una sala repleta de mesas colocadas en semicírculo, con pantallas en el frente y las paredes llenas de fotografías de lo que Maya supuso que eran meteoritos.

—Este es uno de esos sitios desde los que se ven los despegues de los cohetes, ¿verdad? —preguntó mientras miraba a su alrededor tratando de no perderse detalle.

—Entre otras muchas cosas, sí.

—Te dije que era alucinante —le susurró Aiko.

Siguieron caminando y llegaron a un pequeño y escasamente decorado despacho. Hoshiko se sentó al escritorio que allí había, tecleó algo en el ordenador y, después, se dirigió a las chicas.

—Será solo un minuto y luego haremos un *tour* —les explicó—. Maya, puedes dejar la mochila aquí si quieres.

—No hace falta, gracias. Prefiero llevarla conmigo —contestó la niña.

Las chicas esperaron pacientemente hasta que la madre de Aiko terminó.

—Listo —dijo mientras se levantaba—. Venid conmigo, os enseñaré el edificio.

Caminaron hasta una sala grande, con las paredes negras y repleta de maquetas de distintos aparatos. Aquello parecía más un museo que un centro de trabajo.

—Mirad, esta es la Hayabusa 2. Bueno, una maqueta, claro —aclaró al ver la cara de fascinación de las chicas—. Es una nave espacial robótica que se envió al es-

pacio con el fin de recoger muestras de un asteroide y traerlas para que las pudiéramos analizar.

—Hala. ¿Iba alguien en ella? —preguntó Maya.

—No, no es necesario. Las programamos y controlamos desde aquí para que vayan hasta su destino. Allí bajan los robots que recogen las muestras. Después, la nave vuelve, se acerca a la Tierra y lanza una cápsula con un pequeño paracaídas. Dentro van las muestras obtenidas.

—¿Cómo sabéis dónde caerá la cápsula?

—Nosotros elegimos el lugar, por supuesto —explicó—. Además, transmite una señal con su posición, por si hubiera algún error, aunque es bastante improbable.

—Hala —repitió Maya cada vez más impresionada—. ¿Has estado alguna vez en el espacio, Hoshiko?

—¡Sí! Mi madre fue a la Estación Espacial Internacional —contó Aiko.

—Solo una vez. Desde tierra firme hay cosas muy importantes que hacer. Ahora, por ejemplo, trabajamos en una nueva misión que... —Hoshiko dejó de hablar, miró a su alrededor y se quedó pensativa unos segundos—. Bueno, en realidad no puedo contaros muchos detalles porque la mayoría de los datos son confidenciales. Digamos solo que pensamos que puede ser un descubrimiento de gran relevancia.

Maya escuchaba sin pestañear, Aiko miraba a su madre sonriente, orgullosa. Estaba claro de dónde había sacado su pasión por la astronomía.

—Venid, os presentaré a parte del equipo —dijo después, y se dirigió a la sala contigua—. ¡Hola, chicos! —saludó al entrar.

—Hola, jefa —respondió una joven que trabajaba en un ordenador.

Dos chicos que había sentados a su lado se dieron la vuelta. Uno de ellos se impulsó con los pies, haciendo rodar su silla, y se acercó a las niñas.

—¡Tenemos visita! —dijo sonriente—. ¿A qué debemos el honor?

—De vez en cuando, está bien hacer algo especial. A Aiko ya la conocéis.

—Por supuesto —contestó chocando la mano con ella—. Nuestro mejor fichaje. ¿Cómo estás?

—¡Genial! —exclamó ella.

—Y esta es Maya —continuó Hoshiko—. Aquí donde la veis, es toda una aventurera, y una de las descubridoras de la daga del faraón Keops.

—¡Vaya! Es un placer, Maya. Yo soy Ohara. Aunque no lo parezca, soy el verdadero jefe de este lugar —bromeó reclinándose hacia atrás en la silla y dando una vuelta.

—Igualmente —respondió ella.

—Ohara es geofísico y geólogo. A grandes rasgos, se encarga de analizar todo lo que encontramos y de decirnos qué es —explicó la madre de Aiko.

—¡Ese soy yo!



—Y de animar cualquier fiesta, por supuesto —añadió Hoshiko—. La que teclea sin parar es Natsuki.

Esta se giró un segundo, levantó la mano para saludar y continuó con su trabajo.

—Es la responsable de la parte informática y de manejar las naves. Lo controla todo, ella sí que es la verdadera jefa. Y él es Kento.

El chico que estaba a su lado saludó tímidamente.

—Es especialista en robótica y el encargado de los rovers, los vehículos de exploración espacial que enviamos a Marte, a la Luna o a los asteroides. No encontraréis a nadie que sepa más de esos trastos que él.

—No es para tanto... —contestó ruborizado.

—Bueno, no os interrumpimos más. Seguid con el trabajo, nosotras vamos a dar una vuelta por aquí.

Hoshiko continuó mostrándoles aparatos y explicándoles descubrimientos ante la mirada atenta de las niñas. Ya estaban a punto de irse a comer cuando un joven vestido con una curiosa sudadera de colores se acercó.

—¡Hola, Hoshiko! ¿Cómo va todo? Y ¿quién te acompaña?

—Hola, Leighton. Te presento a mi hija, Aiko, y a su amiga, Maya.

—¡Encantado!

—Leighton es astrónomo, se encarga de la detección y rastreo de cometas y asteroides. Prácticamente acaba de llegar a Japón, solo lleva unos meses con nosotros.



—Sí, soy el nuevo, pero ¡ya me siento como en casa! Si no me equivoco, tú eres la chica que descubrió la daga de Keops, ¿verdad? —le preguntó a Maya.

—Sí, la misma —contestó la madre de Aiko antes de que lo hiciese la niña—. Si nos disculpas, ya nos íbamos.

—Os invito a un café —sugirió mientras se acercaba a una máquina de bebidas calientes que había a pocos metros—. O a una chocolatina. Seguro que os apetece, ¿verdad?

—Es que...

—Vamos, un descanso breve —la interrumpió introduciendo ya el dinero en la ranura—. No todos los días se conoce a una famosa —añadió sonriendo a Maya.

Esta miró a Aiko extrañada.

—Está bien —accedió Hoshiko finalmente—. Nos quedaremos cinco minutos solamente, pero nosotras no tomaremos nada.

Los cuatro se sentaron a una pequeña y alta mesa redonda, y el chico comenzó a parlotear animadamente mientras se tomaba su café. Parecía especialmente interesado en conocer la historia de Maya en Egipto.

—¿Cómo conseguiste encontrar esa pirámide?

—Bueno, es una larga historia...

—He leído que había un gran tesoro allí enterrado, ¿es así?

—Sí, en efecto.

—¿Y no os llevasteis nada? Tuvo que ser tentador.



—Claro que no.

—¿Y la daga?

—¿Qué pasa con la daga?

—¿Cómo era?

—Pues... era negra, y más o menos así de grande —explicó ella mostrándole el tamaño con las manos.

—Dicen que el material del que está hecha es muy extraño, por eso quieren analizarla.

—Se nos está haciendo tarde, Leighton. Lo lamento, pero tenemos que irnos ya —lo cortó Hoshiko, que se levantó de la silla y les hizo un gesto a las chicas para que la siguiesen—. ¡Hasta mañana! —se despidió, y se alejaron sin darle tiempo a insistir.

—Sí, hasta mañana —contestó él algo contrariado.

Maya se sintió aliviada, aquellas insistentes preguntas empezaban a resultarle incómodas.

—Ese chico es un pesado —susurró la madre de Aiko cuando ya habían salido del edificio—. Siempre está con sus cafés, sus chocolatinas y sus interminables preguntas. En fin, ¿qué os apetece comer?

—¡*Pizza!* —exclamó Aiko sin pensarlo.

Maya se rio.

—Venga, hija, deja que elija tu amiga. Al fin y al cabo, estará aquí solo unos días. Seguro que le apetece probar algo de comida japonesa, ¿verdad?

—En realidad, una *pizza* estaría genial —afirmó para apoyar a Aiko.



Hoshiko las miró con resignación y se montó en el coche.

—De acuerdo, busquemos una pizzería.

Tras poco más de diez minutos de trayecto, llegaron al centro de la ciudad, aparcaron y continuaron a pie. Era un sitio pequeño y tranquilo, en las carreteras apenas había coches y estaba repleto de parques.

Tomaron *pizza* casera en la barra de un minúsculo local. A pesar de sus protestas, Hoshiko parecía disfrutarla. Al acabar, se acercaron a una preciosa furgoneta de helados verde y se tomaron uno de fresa con chocolate fundido.

—¡Esto está riquísimo! —decía la madre de Aiko, que parecía no haber probado nunca uno—. Deberíamos venir más a menudo.

Después, decidieron enseñarle a Maya sus rincones favoritos. Como no iba a pasar mucho tiempo allí, tuvieron que elegir los mejores: un templo budista con una de las cinco estatuas más grandes del mundo y unos jardines repletos de flores de colores y pequeños riachuelos. A ella le parecieron los lugares más relajantes del mundo.

Por último, la llevaron a una atracción turística clásica: una pelea de sumo. Maya se quedó impresionada con el ritual que hacían los luchadores al entrar al círculo; nunca habría imaginado que aquello pudiera gustarle, ni que unos hombres tan corpulentos tuvieran esa flexibilidad y equilibrio.

Al acabar, se fueron a casa a descansar; al día siguiente viajarían hasta Tokio para el evento de presentación de la daga, que se celebraría en el Museo Nacional.

—Mamá, ahora que no hay riesgo de que nadie nos escuche —dijo Aiko nada más llegar—, cuéntenos algo más sobre la misión en la que estás trabajando.

—Está bien —aceptó ella.

Se quitó el abrigo, los zapatos y se fue a la cocina a servirse un té. Las chicas la siguieron y, allí, empezó a explicarles.

—Se trata de la misión Hayabusa X. Le hemos puesto esa letra porque no queremos dar demasiada información sobre ella y porque, por ahora, el resultado que obtendremos es una absoluta incógnita.

—¿En qué consiste? —preguntó la niña impaciente.

—Es muy similar a la que os he contado esta mañana. Bueno, en realidad, es igual, salvo por algo muy importante...

—¿Qué?

—Aún no estamos seguros, pero Ishi, el asteroide que estamos investigando, podría ser especial. Los primeros datos que hemos recogido muestran que está compuesto por un material muy extraño, nunca habíamos visto nada parecido.

—Extraño ¿en qué sentido? —inquirió Maya.

—Todavía no lo sabemos, es desconocido para nosotros, pero creemos que podría tener propiedades inu-

suales. Ese es el motivo por el que lo mantenemos en secreto: las muestras que necesitamos para estudiarlo aterrizarán en el centro de pruebas de cohetes Noshiro en menos de una semana. Si por error cayesen en las manos equivocadas, sería una catástrofe, y estoy segura de que muchos vendrían a buscarlo si supieran de su existencia.

—Vaya, tu trabajo es emocionante —señaló Maya. Hoshiko sonrió.

—¿Os apetece cenar? —preguntó.

—Yo no tengo hambre. Me voy a ir a descansar, que mañana tenemos que madrugar —respondió Aiko, que había comido tanta *pizza* que creía que ayunaría varios días.

—Yo también me voy a dormir. Estoy cansada. —dijo Maya.

—Está bien. Aiko, ¿has preparado la cama para Maya?

—Sí.

—Vale, pues buenas noches. ¡No os olvidéis de poner el despertador!

Las chicas se fueron al cuarto de Aiko. Al entrar, a Maya le sorprendió su decoración: contrastaba con el minimalismo del resto de la casa. En una esquina, había un telescopio que era casi tan grande como ellas y que ocupaba la mayor parte del espacio. Las paredes eran oscuras y estaban plagadas de pósteres de astronomía: planetas, galaxias, cúmulos de estrellas... En el techo,

había un impresionante mural de Saturno con sus anillos pintados al detalle.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó mientras lo señalaba con el dedo.

—Sí, y mira.

Apagó la luz y el dibujo se iluminó junto a cientos de estrellas que había a su alrededor. Estaba tan bien hecho que casi parecía que estaban al aire libre.

Se tumbaron en las camas a observarlo mientras charlaban, hasta que se durmieron.

